



Viajar de manera inestable entre signos

por Diamela Eltit, con una presentación de Gabriele Bizzarri

EN EL CORTE: DIAMELA ELTIT Y EL GRAN TEATRO DEL PODER¹

Es evidentemente un honor –y al mismo tiempo un gran compromiso– para mi introducir a la escritora latinoamericana más importante del último siglo y, mucho más, hacerlo aquí en Milán, que es la casa madre de quien más y mejor ha sabido iluminar su obra, por lo menos desde este lado del Atlántico, además de contribuir de manera fundamental también a su difusión editorial en Italia, entre otras cosas, llevándose el premio de la Organización Internacional Italo-Latinoamericana para su traducción de *Mano de obra*: obviamente me refiero a mi amiga Laura Scarabelli.

Hablando de premios, no puedo dejar de referirme a algunos importantísimos con los que fue galardonada nuestra invitada, casi todos obtenidos en fecha tardía, lo cual traiciona la(s) programáticas resistencia(s) a los mecanismos de canonización e

¹ Los dos apartados textuales aquí publicados fueron presentados en el marco del evento “Escribir en los bordes: Diamela Eltit en Italia”, celebrado el 13 de septiembre de 2022 en el departamento de Lingue, Letterature, Culture e Mediazioni de la Universidad de Milán. El primer apartado está a cargo de Gabriele Bizzarri, sigue un texto escrito por Diamela Eltit.



institucionalización cultural de una escritura, la de Diamela, que muy poco concede no solo a los gustos del mercado sino también –y con esto pretendo desbaratar un falso mito– a los fetiches teóricos de la academia, persiguiendo en cambio un proyecto de franca y sincera independencia, a la vez profundamente autoral y en extremo sensible a un principio de comunicación y, diría, de comunión urgente –un impulso comunitario lo define Mónica Barrientos– que pone el arte al servicio de la reparación de un tejido social hecho trizas por los procesos violentos del poder político y económico. Se me dice que en estas ocasiones es necesario mencionarlos, así que lo haré: el primer premio importante, el José Donoso, llega en 2010, 30 años después de la publicación, en 1980, de su primer libro. Una década todavía más tarde llegan el Premio Nacional de Literatura, en 2018, el FIL de Literaturas en Lenguas Romances y el Carlos Fuentes, en 2021.

Pero “no he venido a ver el cielo, ordenar paisajes que luego son fotografías, que luego son pedazos de madera... he venido a ver la turbia sangre, la que lleva las máquinas a las cataratas”, decía Federico García Lorca, pensando, justamente, en la vocación testimonial de la escritura, en la militancia necesaria de la poesía frente al monstruo por ese entonces incipiente del Mundo-Capital que, desde las calles de Nueva York, a alturas de 1929, le acechaba en cada esquina obligándole a reencauzar sus quehaceres, desde la vanguardia, hacia la denuncia visionaria y el compromiso con las víctimas de unas formas del horror que Diamela Eltit ha reconocido y sabido nombrar magistralmente en todas sus perversas ramificaciones y cambiantes encarnaciones contemporáneas. Inspirándome en esos versos y pensando en el continuado ejercicio de descalzamiento de las evidencias, veredictos y verdades aparentes promovido por el intransigente culto de la palabra que ella practica, no detengo el flujo y digo que no he venido aquí a enumerar trofeos, corriendo el riesgo de cristalizar su presencia en el aposento de la ocasión mundana, apresar la prosa magmática, implacable de Diamela en el marco del recorte de prensa, autorizando posturas, posiciones de poder que su escritura, en cambio, sistemáticamente socava. Tampoco voy a alistar sus títulos, ordenándolos, encuadrándolos, sistematizándolos en categorías y según la línea del tiempo, prestándome al ejercicio taxonómico y algo marcial de la oficialidad crítica. Sería, creo, la peor de las traiciones para la que, correctamente, se ha definido “una gran obra continua” caracterizada y vuelta única por las constantes de la contrariedad y la empatía. Prefiero, en cambio, intentar aprontar una poética eltitiana mínima en cinco minutos a partir de algunos conceptos clave, o mejor, imágenes catalizadoras. Podríamos hablar, de hecho, de “una multitud de imágenes humanas vertiginosas que se mueven en un tránsito caótico pero terminan en una prodigiosa forma concéntrica”, aprovechando un pasaje de *Sumar*, su última novela, dedicado a las dolorosas y extrañas ráfagas oníricas que despiertan la conciencia política de una de las ambulantes que participan en la gran marcha hacia la Moneda –el Templo simbólico del Orden neoliberalista desde donde se dictaminan vidas a descartar, identidades para el sacrificio– y que funciona, me parece, como una perfecta descripción de su taller creativo. Me gusta empezar por el título del último libro de Laura, *Escenarios del nuevo milenio*, su estudio monográfico de la segunda etapa, la más reciente, de la trayectoria



novelesca de Diamela, puesto que condensa por lo menos dos aspectos fundamentales de una literatura entre las más coherentes y ‘vigilantes’ del panorama contemporáneo. Primero, justamente, su voluntad de estar en el tiempo, de poner el ‘ojo en la mira’ de nuestro tiempo, explotando la doble acepción de la expresión, que remite, por un lado, a la actividad de la vigía atenta, visceralmente implicada y partícipe –nada que ver con la actitud de quienes escrutan desde los altillos del panóptico– y, por el otro, a la del francotirador, la fuerza especial o selecta que implacablemente hace estallar la transparencia cristalina de los órdenes sentados, desbarata los aparatos de control y reproducción del poder bajo la artillería pesada arrojada sin tregua por su lengua hiriente, a la vez intolerablemente tierna y violenta, estudiadamente desagradable (disonante, espuria, bastarda, callejera...) o, al revés, caricaturalmente aparatosa, insoportablemente circular y repetitiva, imitando la oficialidad de las reglas y protocolos, siempre contraatacando desde la excepción, levantando las barricadas de los poderes menores, más periféricos y descalabrados (en cuyas filas, obviamente, lo literario se enrola). El reconocimiento prioritario de esta misión, coincido otra vez con Laura, acerca la narrativa eltitiana a las formas y funciones del testimonio, sin que esto implique, sin embargo, ninguna connivencia con la mimesis, el ejercicio realista que, en sus expresiones más ingenuas, no deja de ser también una operación de mimetismo, escondimiento de la posibilidad de cambio, de la imaginación de una alternativa, entre las convenciones de una realidad (pre)determinada que la escritura, últimamente, acaba ratificando. En este sentido, el mundo narrativo de Diamela, a pesar de fundamentarse en uno de los pactos éticos, sociales y políticos con la realidad más sólidos del panorama literario universal, no podría ser menos convencionalmente realista, no únicamente por afección a las costumbres vanguardistas o neo-vanguardistas de sus exordios –una vanguardia la suya no solo originaria, ligada a sus orígenes formativos, sino nutritiva sustancia primordial, hecho genuinamente primario en sentido casi freudiano–, sino aún más porque en ella el signo literario, siempre inestable, orgullosamente precario, que no deja de transformarse, nunca acaba de codificarse (y así no se cosifica), trabaja justamente para desmentir la gran impostura de lo dado, develar el montaje de lo establecido, dejando al desnudo las diferentes y siempre renovadas puestas en escena del poder, o mejor el poder como gran puesta en escena, que reanuda una y otra vez sus funciones volviendo a cargar sus máquinas de guerra y preparar sus tramoyas como en gran feria ambulante del terror que, repitiendo los mismos patrones en situaciones diferentes, se desplaza a lo largo de la historia (de Chile, de América Latina, del hombre).

Estamos así tocando el segundo punto neurálgico de la literatura eltitiana que, como afirma Robert Neustadt, “es crucial interpretar performativamente”. Me refiero, en concreto, a su pronunciadísima impostación teatral: “Yo siempre he pensado el texto como escenario”, declara la autora en una entrevista de 2016. Escenarios de dominación y sumisión victimaria, de hecho, se subsiguen sin solución de continuidad como variaciones alrededor de un mismo motivo –un gran cliché universal– en cada una de sus novelas, guiones notorios y usurados, a la vez dramáticamente reales e *increíbles*, vueltos increíbles como alucinaciones sádicas o cuadros de *body art* extremo por la



acción de los *performers* eltitianos –sus personajes–, que sobreactúan todos los papeles asignados haciendo chirriar por saturación grotesca o repetición obsesiva las poses que perfilan la norma desnudando así el artificio, desmintiendo la ilusión de que la ‘realidad’ –el gran teatro del mundo– sea algo inalterable y eterno, capaz de sobrevivir a los rituales de persuasión que la construyen. La escritura es un devenir incesante que atraviesa, aglutina en palimpsesto y, de paso, fisura, desnaturalizándolos, múltiples *sets*, manifestaciones heterogéneas de un mismo principio violento, figuras de un común martirio perpetrado en nombre de la reproducción de lo idéntico: la oclusión penetrativa de lo femenino, la labranza forzada de la tierra indígena, la colonización del continente americano, la ocupación de la Moneda, la globalización de Chile, el asedio policial del ‘bloque’, la modelización ortopédica del cuerpo enfermo... En este sentido, sus novelas, a muchas de las cuales acabo de aludir reduciéndolas a un lienzo, se ponen en relación de estrecha continuidad con la militancia de Diamela, durante la dictadura de Augusto Pinochet, con el colectivo de artistas y *performers* del CADA: contra el telón de fondo de una escena de poder –fabricación discursiva, repertorio de gestos, minué sangriento coreografiado por el Supremo que será urgente aprender a reconocer como tal–, de repente, inopinadamente, se predispone una alteradora ‘acción de arte’, escandalosamente deshomogénea, libidinosamente fuera de lugar, se opera, es decir, la construcción liberadora de una alternativa que, a menudo, surge espontánea de las anomalías del cuerpo diferente, no modélico, que no se presta a la disciplina de la máscara o sencillamente no cabe, no sabe llevarla. También, más en general, podríamos decir que el imprevisto, la milagrosa manifestación de la resistencia se activa alrededor del cuerpo en cuanto tal, el cuerpo de todos, que habrá que leer de por sí como una humanísima anomalía, portador sano de una innata rebeldía a los dictámenes de la cultura, de un vitalismo insumiso, insensible a toda domesticación: “Me interesa el cuerpo: su huella, sus huesos, su discurso, como un material primordial para movilizar ficciones”, afirma Diamela en otra declaración emblemática.

Ciertos cuerpos preferentes entonces: femeninos, vacíos, queer, ilegibles, racializados, descatalogados, subdesarrollados, ‘sudacas’, excesivos, deformes, discapacitados... –todos cuerpos de monstruos, si los nombramos con la lengua común del intercambio societario, a los que Diamela tributa un verdadero culto a lo largo de su obra, una galería barroca y temible de significativas aberraciones–, o el cuerpo en sí como *monstruum*, aspaviento ‘natural’ para el discurso de la institución. Por esta vía, por encima o por debajo del convencional retablo de títeres de la Historia oficial, eterno recurso sadomasoquista de víctimas y verdugos, se recupera una estructura oposicional auténtica, necesaria hoy más que nunca, capaz de reactivar el principio del placer de la imaginación política: la de los cuerpos en contra, testimonios vivos de su disciplinamiento violento y, a la vez, carne indisciplinada arrojada a la transgresión de las identidades establecidas, grumos matéricos que incuban sin cesar su potencia, defendiendo líneas frente a los ‘regulares’, los maniqués y replicantes de la retaguardia reglamentaria. Démosle la bienvenida a Diamela Eltit y a su esperanzador mundo nonnato.



VIAJAR DE MANERA INESTABLE ENTRE SIGNOS

Atravesamos un tiempo complejo o confuso o paradójico. Sé muy bien que cada uno de los tiempos en los tiempos repiten estos signos: complejidad, confusión, paradoja. Sin embargo, los diversos conflictos que demarcan nuestro presente, portan signos por los que transitamos el hoy. Desde luego me acerco a las formas y a los paradigmas de la situación que enfrentamos de manera ultra esquemática, pero sabemos que experimentamos un tiempo regido por la intensificación del neoliberalismo, sus circunstancias y sus efectos. Desde mi perspectiva, la dimensión, la potencia del modelo y sus costos, portan los inicios de su seguramente prolongada decadencia.

La actualidad está marcada por campos de fuerzas que intervienen ya para conservar la hegemonía del mercado como el único dispositivo en el que se funda la democracia según las premisas de sus sustentadores, o bien para moderar la preeminencia del mercado o para modificarlo y poner en marcha un grado mayor de funciones estatales que permitan alcanzar mayores índices de convivencia y justicia social.

El universo conservador se refugia en torno a utopías de órdenes ya descentrados, quizás el más curioso lo constituya el deseo restaurador de una familia tradicional. El liberalismo en cambio busca centrarse en la segmentación del universo social mediante instancias clasificatorias que en su segmentación pasan por reconocer la diversidad de identidades. Pero conservadores y liberales comparten las mismas o semejantes premisas económicas fundadas en acumulación de capitales. Las izquierdas o, como señala la pensadora Nancy Fraser, los postsocialismos, promueven el fin del neoliberalismo y, junto al reconocimiento de las identidades, apelan hoy a una indispensable redistribución económica que posibilite la presencia de un Estado fortalecido, de bienestar social para reducir así los índices de desigualdad.

Desde otra perspectiva, asistimos a un momento de una evidente tensión por la disputa del poder mundial. China se erige como la nueva gran potencia desplazando a Estados Unidos mediante una interrelación entre capitalismo y comunismo generando con su movimiento ascendente, permanentes enfrentamientos de baja intensidad con su rival estadounidense que afectan, en diversos grados, tecnologías, propiedad y territorios. Sin embargo, el avance chino en cada una de las mediciones es indiscutible. La industria de las armas, poderosa, considerada la industria de todas las industrias y que se perfecciona de manera incesante, se prueba hoy mismo en la guerra Rusia-Ucrania como parte de una explosión de múltiples aristas detonadas por el poder autocrático y nacionalista ruso y activado por la presencia interventora siempre activa de Estados Unidos. Una guerra en medio de una Europa impregnada por fuerzas disímiles y hasta antagónicas que están sometidas en su interior a una balanza donde la extrema derecha alcanza un espacio nítido que podría acrecentarse.



Las crisis ocasionadas por las guerras y la destrucción, los dramas sociales desencadenados por la pobreza y la corrupción, han generado de manera progresiva una migración incesante, que hoy mismo se podría calificar como multitudinaria. Ya sabemos que las migraciones y sus efectos forman parte de la construcción de los diversos mundos a lo largo de la historia o, dicho de otra manera, la historia de las historias se funda en gran medida en las guerras, la carencia y la migración. Venezuela, hoy mismo, tiene más de cinco millones de habitantes fuera de sus fronteras que siguen penosas rutas para cruzar límites y encontrar un espacio que siempre será reducido y terriblemente expuesto. Migraciones masivas en los diversos territorios que generan nacionalismos y racismos y se constituyen como uno de los centros estructurales para incrementar la fortaleza y los sentidos excluyentes de la ultra derecha. Pero también hay que señalar que la migración genera cuotas de incertidumbre, una incógnita acerca de cuál es la real población de los diferentes países debido al paso ilegal de fronteras y la generación de habitantes sin derechos de ciudadanía debido a la falta de certificación.

Desde otra perspectiva hay que agregar las prácticas invasivas y crecientes del narcotráfico en los diversos territorios y su estela de violencia y corrupción generalizadas, imposible de contener por la falta de políticas rotundas, incluido un estudio serio de legalización de las drogas para examinar si es posible romper así las organizaciones narco, contener el sicariato, frenar la corrupción y la creciente adicción que afecta a una parte importante de las diversas ciudadanías.

De esa manera las tensiones, dramas y destrucciones hay que pensarlas en el marco de las formas que adquiere el modelo que nos rige, sus efectos y su siempre compleja relación con el Estado. Y en el interior del capitalismo su versión más radical como es el protagonismo del neoliberalismo. Porque es el neoliberalismo el que genera, por la falta de regulación del mercado, la segmentación y su gestión anticomunitaria, la intensificación estas problemáticas y cuyo centro se estructura en una desigualdad considerada como un costo de arrastre del modelo y que posibilita una asombrosa acumulación de riqueza por parte de los dueños del mundo que promueven sus bienes como espectáculo, transformándose en materiales de entretenimiento.

Desde luego el sistema neoliberal y su proyecto construye sujetos objetualizados, deseantes, programa siquis, define circulaciones, marca territorios. La siempre incierta noción del 'yo' como centro del programa, ha generado una realidad segmentada y clasificatoria. No sólo se segmenta económicamente al aparato social para el diseño del consumo, en el interior de mercado múltiple, sino que también se centra en la segmentación de las identidades, para beneficio del mercado y el consumo, incluso en su interior, las mismas identidades se consumen a ellas mismas a través de los muros que las separan. Un procedimiento que si bien multiplica las necesarias categorías identitarias a su vez las petrifica, detiene los flujos y los vaivenes, rompe la ambigüedad y esas identidades perfectamente diseñadas y aisladas ingresan, siguiendo a Foucault, a un espacio panóptico que vigila acuciosamente el cumplimiento de sus límites generando así poderes y desniveles en una rígida división fundada en las fronteras entre ellas.



Se produce así una paradoja. Por una parte el indispensable reconocimiento de identidades y subjetividades, algunas negadas y severamente sancionadas por construcciones sociales anteriores, y que hoy se visibilizan, pero a su vez se ejerce una petrificación de esas mismas subjetividades que buscan una emancipación.

Desde luego, el reconocimiento identitario es crucial, pero hay que entender que en su interior se reiteran las desigualdades del programa que los reconoce o, dicho de otra manera ese reconocimiento es segmentado por el mismo mercado que los sustenta.

Los poderes y las dominaciones que nos rigen siguen su pauta histórica inamovible porque están dominadas en un porcentaje casi totalitario por el universo hombre-masculino. Me refiero a economía, ciencia, religión, ley, tecnología, guerra, narcotráfico, generación de graves problemas ambientales por señalar algunos de los frentes más resonantes. Analizar esos escenarios implica examinar también la violencia y la escasez, implica en cada uno de los órdenes advertir una ausencia masiva de mujeres en la complejidad y en el trazado de los órdenes del mundo aun en sus zonas más conflictivas. Más allá o más acá de los discursos inclusivos, podemos ver dónde están los centros hegemónicos de estos tiempos y como se escribe la sintaxis del mundo.

Me permito un salto considerable hacia el territorio que habito, Chile, para seguir pensando la llamada 'cuestión de género'. Me he hecho algunas preguntas, siempre tentativas, preguntas que pueden admitir vacíos e incluso errores en su planteamiento, pero que no obstante, me ha parecido pertinente compartirlas. A partir del año 2018 se abrió un nuevo ciclo en el feminismo chileno que politizó los cuerpos y alertó especialmente en torno a la igualdad. Quizás uno de los efectos más resonantes del renovado movimiento fue la redacción de una constitución conformada por la paridad entre los constitucionales, que como muy bien lo señalan los análisis sociales marca un hito mundial. En otro sentido el actual gobierno se define feminista y su composición ministerial también es paritaria y como un punto central, el proyecto que promueven, radica en establecer y diseminar la equidad de género. Este hecho me parece crucial.

Este escenario permite vislumbrar una modificación considerable en la composición cultural que busca replicarse en diversas instancias. En ese sentido, el presente chileno está marcado por el reconocimiento a las identidades y a la diversidad. Bajo el gobierno de Sebastián Piñera, se reconoció el matrimonio homosexual y de esa manera el Estado acogió las uniones ampliando el contenido oficial mediante el ingreso de una familia otra al escenario social con plena igualdad de derechos.

Es importante observar estos gestos paritarios, pensar cómo se busca una democratización de los espacios desde aquellos lugares que deciden cursos y transcurso. De esa manera se realiza una forma de representación pública del modelo de poder al que se aspira, una representación inserta en los espacios estatales y allí se ejerce una determinada teatralidad fundada en una puesta de escena equitativa. Estos gestos estatales deben leerse pormenorizadamente en relación con la distribución de poder en el mundo no estatal, especialmente en aquellos sitios donde se cursan las



inversiones, la ciencia, tecnología o las grandes compañías. Esos espacios son masculinos, la mujer allí ocupa un sitio minoritario porque no decide sino que solo concurre a implementar en los lugares donde se gestiona la producción y el acopio de riqueza. Desde esa perspectiva, hay que recordar que en Chile el 1% de la población acumula una riqueza equivalente al 49%. Y me parece que es necesario visibilizar que las vidas están encadenadas a la deuda y a los intereses pautados por los intereses que alimentan la riqueza. Así la circulación social de las mujeres, las que habitan las condiciones más precarias de la escala social, mantiene una relación inseparable e irreparable entre cuerpo y deuda que recorre una misma idéntica ruta.

Desde luego, el gesto y la gestión estatal son extraordinariamente valiosos. Las leyes paritarias sin duda pueden y deben modificar la inequidad y de una u otra manera impregnar nuevos sentidos hacia los espacios regidos por los mundos privados sus empresas y sus organizaciones. No obstante hay que pensar que en el interior del horizonte igualitario existen desigualdades no solo con respecto a los hombres donde ellas son las desiguales de los desiguales, sino que en el interior del género mismo hay tramos altos y visibles de desigualdad. Por otra parte, hay que considerar que para que esta valiosa simetría estatal propuesta por el gobierno o esta puesta escena, como lo he señalado, se disemine y habite los espacios, se requiere operar una modificación cultural de una magnitud intensa e inmensa. Necesita de una rescritura de los géneros en el interior de los géneros mismos. Implica producir una ruptura en los imaginarios que altere o más aun rompa la estructura misma de los binarismos mediante flujos que puedan cursarse sin el imperativo de fronteras entre ellos. Esa es una tarea que pienso hay que ensayarla como un horizonte político en construcción. Ya sabemos que incluso antes del nacimiento, el género y sus condiciones están incrustados en la niña por nacer. Que no solo se nace hombre-mujer sino que se nace, es un decir, género, ese género ya formateado que antecede. De esa manera pienso que el actual gobierno y su reconocimiento identitario muestra un posible porvenir en el presente en la medida que pone en escena un poder paritario en el interior de una realidad en la que transcurre una absoluta asimetría de poderes. Lo que quiero señalar aquí es que se realiza una paridad estatal 'adulta' en el marco de un nacimiento desigual, una paridad simbólica que por ahora carece de las estructuras necesarias para diseminar esa condición.

Desde luego el gesto gubernamental es importante precisamente para leer lo que falta o bien entender los hilos que hay que tejer para una conformación del tránsito de los cuerpos de las mujeres que experimentan un menos, más allá del reconocimiento identitario. Me resulta imperativo repensar el orden liberal fundado en la segmentación que impide los flujos comunitarios. Un orden fundado en la segmentación acuciosa, racional, ilustrada, una vez que la noción de clase, básicamente el proletariado industrial, pensado por Marx, ha sido desplazado en gran medida a industrias localizadas en India, China o Guatemala, en cambio en Chile hemos experimentado una transformación mediante la ampliación de las clases medias que van y vienen transitando líneas de pobreza. Este deslizamiento, en último término, ha sido funcional para el mercado y muy especialmente para el neoliberalismo como una forma de sustraerse ante una nominación antaño conflictiva.



Pero, me siento más habilitada para intervenir, siempre tentativamente, con afirmaciones que considero, por ahora, provisionarias, que se tejen en el interior de preguntas desde el ámbito literario donde he transitado prácticamente toda mi vida. Como lectora experimenté los efectos dictaminados por la relación sexo-género en la conformación de diversos cánones. La obligación de lo que había que leer en el marco de una demanda lectora de los autores imprescindibles. Pero también como lectora de diversas autoras, pude entender como las condicionantes de género impregnaban las escrituras de mujeres en cada uno de los tiempos. Así entendí que, más allá de los tiempos y sus condiciones, muchos textos estaban poblados por la abundancia de diversas formas de un romanticismo excesivamente programático que generaba un mapa textual regido por las emociones ya exitosas o bien melancólicas ante el fracaso amoroso. En una suma de textos lo central radicaba en las emociones y allí, el objeto amado estaba divinizado en un sentido semejante al modelo mariano y la subordinación era constante. De la misma manera que no se puede negar que la colonización de los imaginarios de las mujeres genera adhesiones a modelos que le son adversos por el poder diseminador de la hegemonía, no me parece posible tampoco negar cómo y en cuánto aparecen las mismas tecnologías emotivas escritas por el género. Tecnologías que marcan rutas subordinadas también en textos literarios que desde luego están permeados por las condicionantes más tradicionales impuestas al género. Me parece posible leer desde esa perspectiva, quiero decir, entender que la escritura al igual que parte importante de la superficie social acata las normativas, las actúa en el universo literario y ofician como constructoras de los imaginarios o, dicho de otra manera y siguiendo a Foucault, el género se construye mediante tecnologías de disciplinamiento que se reproducen automáticamente. Un disciplinamiento de género que opera multifocalmente aún en la escritura literaria. Sin embargo, un grupo no menor de escritoras evaden, sortean o trasgreden construir una mera reproducción pedagógica de la letra para ingresar en el territorio de la producción de sentidos y de poéticas más desestabilizantes que generan, desde la ficción, un real inusual o bien un realismo que al enunciar ciertas categorías denuncia. Así se abre la escritura hacia territorios que portan cargas políticas que hacen de la literatura una zona que problematiza el curso de la letra.

En ese sentido he estado atenta a las diferencias. A esos momentos que en el interior de una superficie literaria se produce un salto o un asalto al género desde la precisión de estrategias literarias y lo he reconocido entre otras autoras en Rosario Orrego en su obra *Teresa* (1870) y de manera reiterada en Marta Brunet, que explora y excava en y desde la escritura formas de poderes complejos que o bien exponen pautas sorprendentes que permiten liberar y deliberar –como *Doña Santitos* (1926), *María Rosa Flor de Quillén* (1927)–, o bien aceptan la condición prejuiciosa que portan las normativas en las que se escriben los géneros, pero al aceptarlas como evidencia, mediante una administración cuidadosa de los materiales literarios producen, desde una narrativa consistente, espacios que persisten y resisten, *María Nadie* (1957). En ese sentido hay que recordar que el crítico chileno más importante de su tiempo alabó de



manera enérgica a Marta Brunet porque aseguró que ella “escribía como hombre” y, en ese sentido, Alone, buscando destacar la obra de la autora develó abiertamente una posición fundada en un valor literario del otro sexo porque la letra del sexo mujer le parecía insuficiente para contener la obra o “escribir como mujer” quizás le resultaba común o incluso deficitario. Pienso en Alone. Muevo a Alone hasta el presente; “escribir como hombre” para ingresar. Pienso en la plataforma comercial de un mercado que hoy nos invade como es el rótulo “literatura de mujeres”.

Desde hace décadas los movimientos emancipatorios literarios se volcaron a leer aquello diluido o francamente borrado en la esfera literaria. La propuesta a visibilizar la literatura de mujeres ha sido una constante, sin embargo, desde mi perspectiva después de años de examinar sus efectos, ya habría que pensar que ese titular se ha transformado en una categoría literaria que ha sido utilizada por el sistema como un doblez que acumula escrituras y las subordina para mantener el canon de acuerdo a la tradición. Creo que esa nominación, “escritura de mujeres”, opera de manera bíblica, nos remite a la costilla de Adán, un hueso lateral, posible de deslizarse sin dañar la estructura poderosa del donante.

En estos últimos años he pensado con una creciente seguridad que un horizonte posible para democratizar el campo literario, retirarlo del lugar de la costilla, es desbiologizar la escritura mediante la valoración de sus recursos y el peso de las estéticas y que los sexos de las y los autores ingresen como datos biográficos. Quiero decir democratizar el campo. La sororidad no puede ser entendida como una complicidad biológica en el campo literario porque sería renunciar a su matriz cultural, a las diferencias literarias, implicaría desechar las estéticas como centro de producción y a las preguntas que genera la letra para instalar en cambio una especie de defensa corporativa de las mujeres cuyo riesgo mayor es duplicar la subordinación. Pienso que lo apasionante que porta la literatura es el riesgo como forma de intervención y alteración literaria.

Ma pregunto de manera incierta, tengo que reconocerlo, si la sororidad como respuesta unívoca no es el resultado de una forma de maternización. En esta línea, la materna, también pienso hay que desmaternizar el aparato social entendido como un deber sacralizado de las mujeres que conduce a aceptar diversas formas de explotación social, laboral, parental e incluso de autoexplotación. Ya sabemos que la reproducción como patrimonio de las mujeres más allá que se curse o no, ha sido el gran elemento domesticador a lo largo de la historia y a su vez el eje para ejercer violencia. Sin embargo, me atrevo a afirmar que la madre ha muerto (sigo la audaz afirmación de Nietzsche), quiero decir tal como la entendemos de acuerdo a los ritmos biológicos. La tecnología reproductiva ha intervenido, modificando mediante sus procedimientos, las diversas gestaciones, ya no son definitivos los llamados ciclos biológicos. Hoy mismo existen madres de más de 60 años y conocemos el éxito comercial de los bancos de espermios y óvulos, sabemos que el útero puede operar como microempresa orgánica que se renta por parte de las mujeres más pobres, así el hijo, como “el fruto de tu vientre Jesús”, ha sido desplazado. El poder de la reproducción por parte de las mujeres ya ha sido intervenido. Hay otra forma reproductiva que le pertenece a la industria. No



obstante la madre sigue ligada a lo 'natural' en cada uno de los sentidos de la palabra. Las parejas homosexuales tienen hijos sin madres o con dos madres, no obstante en un registro desde mi perspectiva político, la madre histórica y hasta prehistórica sigue plenamente vigente y es esa vigencia la que omite la creciente y rentable tecnología reproductiva que intensifica la vocación al sacrificio y de paso libera al progenitor porque después de todo está fuera de esa línea sacrificial impuesta por la cultura. En ese sentido es interesante observar cómo el mercado auspicia hoy mismo literaturas que enfatizan las maternidades, justo en el momento que lo materno experimenta una de las modificaciones más intensas de la historia de la reproducción. Y, en cambio, las literaturas de maternidades tecnológicas o subrogadas no alcanzan el mismo estatuto imaginativo.

Para concluir esta intervención y siguiendo una línea de pensamiento quiero evocar aquí a Augusto d'Halmar, uno de los autores chilenos más incisivos de nuestra historia literaria que trazó, con una gran pericia literaria, horizontes conflictivos controlados por los poderes más conservadores. *Juana Lucero* (1902) es una obra significativa porque textualiza el tránsito hacia la violencia y el abuso de la mujer pobre, sin redes, huérfana de madre e hija de un padre ausente, cuyo trabajo doméstico es entendido como una forma de trofeo sexual, de libre disposición por parte de sus empleadores y así con el abuso sexual como centro, se despeña. *Juana Lucero* es una obra relacionada con el naturalismo y particularmente con Emile Zola, pero en otro registro es posible leerla localmente y se podría decir desde una plena actualidad. Pero también recordar aquí *Pasión y muerte del cura Deusto* (1924) como la primera o quizás habría que decir una de las primeras obras en Latinoamérica que abordó el amor entre hombres. Pero ahora mismo me quiero detener en un relato que me resulta importante para pensar otra forma de inseminación subrogada mediante una forma idéntica y distinta de adquisición de materias seminales para la fecundación: me refiero al relato "En Provincia", publicado en 1914. El relato textualiza al hombre infértil, mayoritariamente ausente en el discurso cultural puesto que la infertilidad ha sido asociada a la mujer como una de las condiciones más dramáticas de su existencia y que hoy con los recursos tecnológicos sumados al poder económico puede ser obviada, pero que la cultura mantiene como drama y como falla. Pero en este relato, el hombre infértil es subrogado por su empleado desde un acuerdo o una confabulación entre los conyugues y que compromete a la esposa para 'darle' un hijo a su marido. Así, el empleado subroga a su empleador desde una abierta asimetría de poder y el empleado, enamorado, sabe y entiende que fue parte de una estrategia meramente seminal.

En ese sentido, Augusto d'Halmar propone y expone la infertilidad desde un espacio poco transitado por la cultura y por la literatura, más allá que en *El Obsceno Pájaro de la Noche* este escenario subrogado esté planteado, pero lo hace de manera difusa, onírica. El relato "En Provincia" se adelanta a los tiempos, ingresa sin la menor duda a una paternidad asistida, acordada por el poder económico, un poder que proviene del empleador, donde la mujer y la ceguera ingenua del empleado se someten a asistir una gestación para resguardar al padre y salvarlo así de un oprobio cultural.



En definitiva, pienso que leer los textos literarios, su flujo, la dominación, su enigma, su fortaleza, permite atravesar los tiempos, actualizarlos, examinar subjetividades, poderes, sumisiones. Permite pensar más allá o más acá de los siempre intensos dictámenes.

Diamela Eltit nació en Santiago, Chile, el 24 de agosto de 1949. Estudió literatura en la Universidad de Chile, donde fundó el Colectivo de Acciones de Arte (CADA). En 1980, publicó su primer libro de ensayo *Una milla de cruces sobre el pavimento*. Su primera novela *Lumpérica* apareció en 1983, a la que siguió *Por la patria* en 1983 y *El cuarto mundo*, 1988. *El padre mío* es su primer libro de testimonios. También colaboró activamente en la revista *Crítica Cultural* y en otros medios de prensa. Desde 2008 es columnista de cultura y política en el semanario chileno *The Clinic*. Profesora en la Universidad Tecnológica Metropolitana, ha enseñado en otros centros docentes en calidad de visitante como en las universidades de Columbia, en Nueva York, Berkeley, Stanford, Washington, Seattle, Johns Hopkins, Baltimore.

diamelaeltit@gmail.com

Gabriele Bizzarri es profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Padua (Italia) y director de la revista *Orillas*. Su investigación se concentra en las representaciones literarias de la modernidad periférica y en las variaciones imaginarias de la postmodernidad y la globalización en América Latina. En 2020 ha publicado el volumen *'Performar' Latinoamérica. Estrategias queer de representación y agenciamiento del Nuevo Mundo en la literatura hispanoamericana contemporánea* (Ledizioni, Milano).

<https://orcid.org/0000-0001-9835-9449>

gabriele.bizzarri@unipd.it

Eltit, Diamela. Bizzarri, Gabriele. "Viajar de manera inestable entre signos." *Altre Modernità*, n. 30, *Il '73 in prima persona: risposte estetiche all'orrore*, Novembre 2023, pp. 1-12. ISSN 2035-7680. Disponibile all'indirizzo:

<<https://riviste.unimi.it/index.php/AMonline/article/view/21775/19368>>.

Ricevuto: 27/09/2023 Approvato: 30/09/2023

DOI: <https://doi.org/10.54103/2035-7680/21775>

Versione 1, data di pubblicazione: 30/11/2023

Questa opera è pubblicata sotto Licenza Creative Commons CC BY-SA 4.0